

# Editorial

---

## ciudades nuevas

*El tema de las ciudades nuevas suscita siempre un interés de tipo especial entre los problemas de la urbanización. Hay algo que sigue resonando dentro de nosotros con carácter casi mágico, cuando decimos «ciudades nuevas», algo que nos remite inconscientemente al mundo de las esperanzas de algo mejor y que se apoya en toda la historia de las utopías. Inmediatamente se nos vienen al recuerdo todas las imágenes de la «ciudad ideal» que el hombre ha forjado a lo largo de la historia y nos sumergen en un mundo irreal de anhelos perfeccionistas sociológicos, éticos y estéticos. Por eso, el tema de la ciudad nueva, es decir, de la ciudad creada artificialmente en un momento dado, sin antecedentes históricos, se identifica con el de la materialización y realización de la ciudad ideal, teóricamente prefigurada por el filósofo, el artista o el político. Una historia de las ciudades artificiales, paralela a la historia general del urbanismo, mostraría el carácter especulativo, postulante y ejemplificador que ha presidido normalmente los planteamientos de su creación. La ciudad nueva es concebida idealmente como vía de perfeccionamiento social o como objeto estético.*

*Incluso hoy, cuando el estudio de la realidad urbana es, cada vez más, abordado científicamente, el proceso de creación de una ciudad nueva no puede serlo en la misma medida, puesto que dicha creación no es el resultado de un proceso frío y automático de decisiones técnicas apoyadas en una objetividad científica. La creación de una ciudad nueva responde a la búsqueda consciente de una meta o una finalidad. Esto es lo que determina el hecho de su existencia, la cual no se explica sin una decisión expresa de crearla. Y esa decisión no se puede apoyar sólo en consideraciones técnicas o científicas, sino que, en el fondo, descansa siempre sobre opciones generales que exigen tomas de posición ideológicas y formulación de juicios de valor.*

*En efecto, basta repasar la abundante bibliografía al respecto, y las actas de las reuniones internacionales, para encontrar opiniones contrapuestas de los más altos expertos y recomendaciones contradictorias, cuando no el eclecticismo y la ambigüedad típica de ciertos informes. Hoy ya no es unánimemente profesada y compartida aquella generalizada visión de hace sólo treinta años, según la cual, la gran ciudad era una manifestación patológica de un proceso contra el que actuar enérgicamente, idea en función de la cual la política restrictiva y descentralizadora era sistemáticamente preconizada con una evidente ingenuidad y una carencia conmovedora de medios para lograrla.*

*Sobre este punto habría que investigar un posible equivoco. El hecho de que los países socialistas sean los únicos que han dispuesto de medios reales, aunque no del todo, para hacer posible una política restrictiva de este tipo, ha llevado a identificar a la gran ciudad como un producto claramente capitalista, olvidando que tampoco el crecimiento de Moscú ha podido ser controlado. Sin que esto deje de ser efectivamente, en líneas generales, una*

realidad histórica, no hay por qué identificar a la inversa, la política restrictiva con el socialismo, sino con una determinada etapa conceptual, y con una opción aceptada, mantenida y desarrollada históricamente por el socialismo, pero que éste no tiene por qué mantener siempre. Hoy son muchos los economistas y expertos de todo tipo, y de todas las ideologías, que a la vista de lo que han llegado a ser algunas de las más grandes ciudades del mundo como propulsoras de civilización, vitalidad económica y capacidad de innovación, no vacilan en reconocer las ventajas de la acumulación y concentración, lo cual no quiere decir, por supuesto, que este proceso de concentración no hubiese debido ser adecuadamente ordenado y racionalizado para evitar también sus evidentes y enormes inconvenientes, puesto que esta racionalización habría aumentado las ventajas.

Con esto, el tema se centra sobre el encuadre de la creación de ciudades nuevas, dentro del marco general de una determinada orientación de la ordenación territorial, encaminada a la obtención de un cierto tipo de desarrollo económico y social. Pero esa orientación vuelve a suscitar el conocido tema de las opciones preferentes, de la prioridad de los objetivos o de los medios para obtenerlos, ya que frente a la hipótesis del desarrollo armónico simultáneo y equilibrado de todas las regiones de un país, aparece la alternativa del desarrollo preferente de las regiones privilegiadas, como más eficaz para la puesta en marcha de un desarrollo global nacional. La urbanización, por sí misma, tiene cada vez más importancia como factor de desarrollo económico, a pesar de la elevación de algunos tipos de costes. A la tradicional confianza exclusiva en la industrialización, viene a superponerse ahora la urbanización como factor específico de desarrollo. Así, puede verse hoy que una política de explotación industrial o de colonización, apoyada con la creación de unidades urbanas nuevas a su servicio, puede encontrarse disminuida y frenada en sus posibilidades de contribución al desarrollo, si estas unidades no constituyen un verdadero proceso de urbanización o carecen de un apoyo verdaderamente urbano, con entidad suficiente.

Resumiendo podría decirse que, si las ciudades nuevas de otras épocas históricas pudieron nacer generalmente como hechos aislados y hasta cierto punto insólitos, y sólo rara vez formando parte de una acción global de colonización regional, lo que caracteriza a los procesos actuales de creación de ciudades nuevas, y lo caracterizará más aún en el futuro, es precisamente su encuadre en el ámbito de políticas concertadas de ordenación territorial y sólo excepcionalmente aparecerán los casos especiales de nuevas ciudades singulares como pueden serlo hoy Brasilia, Chandigarh o Auroville, con todas las taras de un planteamiento prototipo de «ciudad ideal».

Dentro de este enfoque, toda creación de ciudades nuevas debe ser la secuela y el complemento de una visión general del futuro de una región o de un país y debe responder, por lo tanto, a las opciones generales que haya adoptado esa visión. Porque hoy ya empieza a estar claro que no se trata, en primer lugar, de una solución para absorber el crecimiento demográfico, en cuya misión es bastante conocido el fracaso de las ciudades nuevas, sino de contribuir a la constitución de una estructura territorial adecuada a las exigencias de una determinada forma de desarrollo. De la forma como se concibe y se instrumenta ese desarrollo depende la forma en que se concibe y se instrumenta una política de creación de nuevas ciudades. Y esto es algo que no se decide en función de una metodología científica, sino en función de opciones que son fundamentalmente políticas, económicas y sociales, o más precisamente, opciones de política económica y social. ■

A pesar de la actual corriente de crítica que se manifiesta en algunos ambientes internacionales hacia las realizaciones existentes en el mundo en materia de creación de nuevas ciudades, e incluso hacia el propio concepto, es evidente que una de las formas de preparar la acogida del crecimiento demográfico previsto para las aglomeraciones urbanas de los próximos decenios, puede ser la creación de núcleos urbanos nuevos, bien en forma de unidades físicamente individualizadas, bien en forma de extensiones nuevas de suficiente envergadura como para requerir una previa planificación unitaria. Dentro de esta perspectiva, la crítica aludida puede representar una valiosa ayuda para la decantación de una base teórica y una metodología operativa que sirvan de apoyo a una acción basada sobre supuestos realistas y científicamente fundamentados que hagan olvidar el tinte idealista que, por herencia histórica, ha venido acompañando a la creación de ciudades nuevas.

Históricamente, la nueva ciudad ha sido muy a menudo concebida, en efecto, como una propuesta ideal en oposición a una realidad insatisfactoria que se deseaba superar. Especialmente, este planteamiento fue el que sustentó todo el movimiento que se produjo como reacción contra las distorsiones que había desencadenado la industrialización en el origen del urbanismo moderno, que dio lugar a la teoría de la «ciudad jardín», como nueva ciudad, y que ha llegado en gran medida hasta nuestros días. En esas primeras etapas, la creación de ciudades nuevas no ha escapado casi nunca en el fondo a ese planteamiento que convertía las realizaciones en pequeños microcosmos para una pretendida reorganización social sobre bases puramente imaginarias o ideológicas, y, en consecuencia, vieron diseñadas y realizadas en una forma que la vida que las ha llenado y a la profundización científica que las ha estudiado, han demostrado errónea e inconveniente. Y si nadie podría negar el servicio que han prestado, aunque sólo fuese para enseñar lo que no se debe hacer, la crítica no deja de señalar con razón el elevado coste material y social que se ha pagado por ello.

Actualmente no parece que corramos el mismo peligro en lo que se refiere a ingenuas pretensiones de organización social, ni, en consecuencia, en lo referente a ciertos aspectos de su diseño, pero las nuevas ciudades perderían uno de sus aspectos de interés si no se pudieran seguir utilizando, en cierta medida, como bancos de pruebas para experimentación sistemática de innovaciones con más facilidad que en las ciudades existentes.

Son muchas, efectivamente, las innovaciones que se producen constantemente y que requieren su ensayo, sin que se haya planteado seriamente la posibilidad de una experimentación temporal sistemática. Innovaciones en materia de metodología del planeamiento y del diseño, innovaciones tecnológicas de diversas clases (transporte público, eliminación de basuras sólidas, protección contra incendios, iluminación, distribución del correo, redes de comunicación, etc.), innovaciones en la realización de las urbanizaciones y de la arquitectura, innovaciones en materia de equipo urbano y amueblamiento de la ciudad, innovaciones en materia de gestión y administración.

Por ello, y siendo posible, como se ha llegado a decir que «se va a construir un número de aglomeraciones nuevas en el curso de los próximos treinta años, mayor que el que se ha construido durante todo el período anterior del urbanismo», se reconoce hoy con claridad la necesidad de una preparación sistemática y racional de una base teórica y una metodología operativa que permitan orientar con el menor coste posible y con el menor riesgo de error, los futuros trabajos de su creación y desarrollo y especialmente la experimentación de innovaciones.

Son estas reflexiones las que llevan a la conclusión de que el tema de las ciudades nuevas sigue teniendo gran vigencia, incluso polémica, en el interés de los medios urbanísticos. Por ello entiende CIUDAD Y TERRITORIO que presta un servicio a sus lectores ofreciéndoles un amplio panorama sobre la situación actual de aquel tema.

La amplitud del mismo, dada la importancia y variedad de las experiencias realizadas en diversos países, así como el hecho de que sea esta la primera aparición monográfica de la Revista, ha obligado a utilizar el espacio correspondiente a dos números normales de la programación habitual, fundiéndolos en este número doble.

## presentación del número